

* * *

Muy mal he llenado mi cometido, pero la oscuridad en la época actual sobre todo lo grande de las pasadas, me disculpa. Cerraré mi escrito con estas palabras: La mayor gloria de Veytia es, que no lo conozcan quienes no lo habian de comprender.

FRANCISCO DE A. LERDO.

JOSE RAFAEL LARRAÑAGA.

I.

PARA conocer el mérito de una obra artística, hay un método que consiste en estudiar la raza á que pertenece el autor, al mismo tiempo que fijarse en el medio en que éste se ha movido, ó sea el país donde ha escrito, y por último en las circunstancias que lo han determinado á trabajar, ó bajo la impresion de las cuáles ha obrado.

No sabemos si este método, que es del célebre crítico Taine, será admisible en la totalidad de los casos, pero sí nos constan los buenos resultados que con él ha obtenido el autor de la "Historia de la Literatura Inglesa."

La escasez de cierta clase de datos respecto á la persona de Larrañaga, nos impedia seguir este sistema al ocuparnos de un mexicano notable; pero nos decidimos á hacerlo, con-

vencidos de que el juicio respecto del artista, no puede ser otro mas que el de su obra.

Amamos á Larrañaga como se puede amar al que nos ha hecho conocer todo un mundo lleno de poéticos encantos y siempre iluminado por la suprema luz del génio; queremos hablar de las obras de Virgilio, de ese poeta que ha pintado el crepúsculo como nadie ha podido hacerlo hasta el dia; de ese músico que ha expresado en sus versos toda la melodía del murmullo de la fuente, del zumbido de las abejas y de la querrela de las tórtolas; de ese cantor épico que en la Eneida penetra en las regiones de lo artísticamente grandioso.

Amamos á Larrañaga y respetamos su memoria, porque nos hizo penetrar en ese mundo de verdaderas maravillas.

II.

Hoy que la literatura ha tomado formas precisas que le dan un carácter especial para cada nacion, podemos comprender perfectamente sus tipos distintos. No solo marcamos las diferencias que existen entre una oda inglesa y una oda alemana, entre un soneto italiano y otro español, sino que al leer la obra de un poeta de las repúblicas hispano-americanas y la obra de un poeta español, no se nos escapará ninguno de los delicados matices que, aun en dos composiciones muy análogas, las distinguen completamente.

Buscad en la literatura americana romances como los del marqués de Molins. No los encontrareis, porque esa rara correccion, esa exquisita manera de pintar los grandes personajes como Isabel la Católica, tan solo pertenecen al hijo de España, la tierra del romance.

Buscad en la literatura española alejandrinos como los de

Mármol. No los encontrareis, porque el alejandrino no es mas que el rumor de las palmeras á la orilla de nuestros espléndidos rios, la perfumada brisa de nuestras cordilleras, y en una palabra, nuestra naturaleza vírgen con todo lo que puede tener de noble, de primitivo, de salvaje.

El poeta americano heredó un lenguaje sonoro, melodioso y extraordinariamente propio para la poesía elevada; heredó tambien una naturaleza contemplativa, y la ardiente sangre que circula por sus venas le hace amar con delirio las instituciones liberales; el poeta que no tenga estos principios carecerá siempre de color local, será un poeta español que ha nacido lejos de la península, mas no americano.

Pero este tipo que apareció con la independendencia, no existia antes. No sabemos por qué fenómeno psicológico las inteligencias americanas nunca producian cosa alguna que no brotase de la única fuente de inspiracion: España; cierto es que no habia mas libros que los españoles; sin embargo, parecia tan agradable el servilismo, tan espontánea la imitacion, que únicamente la época puede explicarlo y servir de disculpa.

III.

El cuadro que presenta la España al principiar el siglo XVIII, es tan triste como puede ser el espectáculo de una nacion rica, llena de elementos, poética, llena de tradiciones, y sin embargo, ocupando el último lugar en el orden político y sin merecer siquiera ser enumerada entre las naciones literarias.

Hé aquí lo que dice Ticknor, refiriéndose á esa época: "En las universidades, que por razon de su origen eran cor-

poraciones puramente eclesiásticas, y por lo mismo sostenían con todo su poder la influencia del clero, nada se concedía al estudio de la amena literatura, y solo se toleraba lo puramente necesario para formar sacerdotes versados en las ciencias escolásticas y fieles católicos. Las ciencias físicas y exactas estaban rigurosamente prohibidas, reduciéndose su enseñanza á la doctrina de Aristóteles, y como decía Jovellanos con gran resolución, en un memorial á Carlos IV: "Hasta la misma medicina y jurisprudencia hubieran sido desatendidas, si el instinto natural permitiera al hombre olvidar los medios de proteger su existencia y su propiedad." (1)

Cuando, después de medio siglo de vergonzoso atraso, los ministros de Carlos III quisieron que su patria adelantase, la Universidad de Salamanca contestó: "Nada enseña Newton para hacer buenos lógicos ó metafísicos, y Gassendi y Descartes no van tan acordes como Aristóteles con la verdad revelada." Esto pasaba el año de 1771, en plena *enciclopedia*.

Si tal era el estado de la metrópoli en el siglo pasado, ¿cuál sería el de las colonias españolas?

Puede decirse que peor, porque lo poco bueno que en España había no atravesaba los mares; el renacimiento literario que ya entonces comenzaba á hacerse sentir, no podía llegar al continente americano.

IV.

Isla y Feijoo determinaron el renacimiento filosófico y científico de España, en el último tercio del siglo XVIII. Moratin, el padre, Cadahalso y los otros literatos que se reu-

(1) Historia de la literatura española. Tomo 4.º pág. 34.

nian en la "Fonda de San Sebastian", corrigieron el pésimo gusto de su época. A este círculo pertenecieron Rios, Iriarte, Muñoz, Ayala, Cerdá, Ortega, Conti, Pizzi y Signorelli.

Samaniego, Salas y otros escritores, contribuyeron también al adelantamiento de las letras españolas, pero todos convienen en que no es á ellos á quienes se debe el renacimiento literario del siglo pasado, porque nunca podrán los frios imitadores levantar una literatura.

En resumen, si bien puede decirse que la tertulia de la Fonda de San Sebastian puso la primera piedra del edificio de la literatura española moderna, á nuestro juicio, quien se distinguió mas en esta obra fué D. José Cadahalso, el célebre autor de los "Eruditos á la violeta."

Ahora bien, ¿este refinamiento de gusto, esta reforma importante, se propagó fácilmente en la península?

Indudablemente no. Cuando se ha adorado muchos años á un ídolo, no es fácil cambiar de culto repentinamente; cuando se han admitido ciertas reglas para conocer y cantar la belleza, no es fácil profesar en un momento ideas absolutamente contrarias. Así como las universidades se opusieron á la adopción del sistema de enseñanza moderno, las inteligencias se resistían á comprender, profesar y aplaudir los principios de la nueva escuela literaria.

Sabido es que el fruto de toda revolución, de toda reforma, no se alcanza inmediatamente.

Si esto pasaba en España, ¿qué se dirá de las colonias?

Si en aquel territorio relativamente reducido, no se podía propagar con facilidad la nueva escuela, cuando esto se deseaba, cuando para conseguirlo se ponía especial empeño, ¿había de conseguirse mayor fruto en México, de cuya ilustración no querían ocuparse los españoles?

Por otra parte, aunque hubieran querido darnos mucho bueno, los pobres hijos de la Iberia estaban muy distantes de tener una literatura rica y poderosa, si la comparamos con las de igual época de Inglaterra, Alemania y Francia.

Nuestros poetas se contentaban con cantar las glorias es-

pañolas, contando entre ellas, y en primer lugar, los nacimientos de los príncipes de Asturias.

Después seguía la consabida procesion de animalitos: el perrito de Filis, la conejita de Florida y el periquito de Lisis.

La coleccion se cerraba con una oda al feliz alumbramiento de la vireina.

En estos momentos hubo un hombre que se propuso dar á conocer á sus paisanos las obras de un grande, de un verdadero poeta: José Rafael Larrañaga emprendió la traduccion de la Bucólica, las Geórgicas y la Eneida de Publio Virgilio Maron. (1)

V.

Larrañaga fué natural de Zacatecas y estudió en el Colegio Seminario de Durango. Su hermano el eclesiástico D. Bruno Francisco, escribió un "centon" en versos de Virgilio, intitulado la "Margileida;" esta obra fué duramente criticada por el padre Alzate en sus "Gacetas."

El mismo crítico juzgó que la traduccion de la Egloga VIII de Virgilio, hecha por D. José Rafael Larrañaga, no era de tanto mérito como la del padre Diego Abad.

Larrañaga escribió tambien otras obras como la "Respuesta al padre Alzate," la "Demostracion evidente de los muchos y gravísimos defectos que contiene la tabla de ecuaciones de las Epactas del padre Cristóbal Clavio en su tra-

(1) Por la misma época, Melgar en el Perú y Varela en Buenos Aires, emprenden la traduccion de la "Eneida." Toxica en México habia poco antes hecho una traduccion de Virgilio y mandádola á España, pero nunca se publicó.

tado de Cómputo." Manuscrito. El "Cómputo eclesiástico nuevamente ilustrado y extendido," 1790. Manuscrito que se encontraba en el Convento de Churubusco; y un "Via Crucis en verso castellano."

VI.

Tiempo es ya de que nos ocupemos del trabajo mas importante de Larrañaga, la traduccion de las obras de Publio Virgilio Maron. La impresion fué hecha en México en 1787, en cuatro tomos; el primero contiene la Bucólica y las Geórgicas, y los otros tres la Eneida, terminando con el suplemento de Mafeo Vegio Landense.

Larrañaga publicó primero la traduccion de las églogas octava y décima, y animado después por la favorable acogida que en lo general recibió, decidióse á publicar la traduccion de todas las obras de Virgilio. Difícil hasta lo sumo era la empresa que habia acometido, así lo comprendió nuestro poeta cuando dice en la introduccion: "Mi deseo es cumplir mi obligacion á la patria y compatriotas: bien como el que convida á un Gran Señor á una pobre, rústica mesa; y cuando protesto con la mayor aseveracion é ingenuidad que tendria especial gusto de que hubiera quien sacara otra traduccion de Virgilio, en que patentara y corrigiera mis muchos defectos, instruyera mis ignorancias y mejorara mis expresiones.

"Lo primero, porque como mi deseo es saber, agradeciera la instruccion, como la he buscado (aunque no alcanzado) con muchas fatigas en los libros: lo segundo, porque deseo los merecidos aplausos de los ingenios, y la instruccion de los que no saben y aun están por nacer; lo tercero, porque de este modo manarian las producciones finas, se enrique-

ceria el público, se acreditaría la nación, vindicando algunas notas que padece; y últimamente, porque si á mi Madre he acudido con una moneda de cobre ó plomo (que es cuanto tengo), he de celebrar que haya un hermano rico que le quite aquella, y le sustituya otra de plata ó de oro." (1)

Hemos querido dar á conocer con las anteriores líneas la modestia poco comun de que estaba dotado Larrañaga y los generosos sentimientos que lo animaban, aunque expresados en un estilo que mucho se resiente del culteranismo de la época.

Veamos algunos de los pasajes mas notables de las obras de Virgilio, y examinemos cómo han sido traducidos. La égloga primera, esa hermosísima pieza descriptiva, comienza así:

"Titiro, tú á la sombra recostado
De la extendida encina verde y fresca,
Cantas alegre rústicas canciones
De tu humilde zampona á la cadencia."

Desde luego se descubre al traductor fiel, al guía seguro que nos enseñará todas las bellezas del original, sin trastornarlas. Además, la música del romance endecasílabo nos arrebató por lo pronto, no podemos interrumpir nuestra lectura y mientras mas avanzamos, mas bellezas se nos presentan á la vista; es un mundo enteramente nuevo, muchos versos de Virgilio que antes no admirábais suficientemente, se os presentan ahora bajo otro aspecto y os parecen hermosísimos.

El siguiente pasaje es verdaderamente admirable:

"De una parte el cercado que comienza
Desde el vecino límite ó lindero
Lleno de flor de sauz, con que sustenta
A las híbleas abejas, podrá darte
Con su lento susurro dulces siestas.

(1) Traducción de las obras de Virgilio, por Larrañaga. Tomo 1.^o Introduccion.

Por otra parte el podador alegre
Al viento cantará bajo su cueva,
Y mientras canten las torcazas rocas
(Que tus cuidados y atenciones llevan)
No cesará de dar la tortolilla
Desde el olmo encumbrado sus querellas."

Muchos de nuestros lectores se han de haber deleitado mas de una vez con el original, en esta parte muy conocido, de Virgilio, y no dudo que convendrán en que la traducción anterior es excelente.

De la égloga segunda debe citarse como modelo de traducción al pie de la letra, el siguiente hermoso pasaje:

"¿De quién huyes? ¡Ah loco! Cuando Dioses
Y París el trayano estar supieron
Alegres en las selvas de pastores,
Palas viva en buena hora en los soberbios
Alcázares, que ella hizo: mas nosotros
Ante todo las selvas apreciamos."

Como fácilmente se comprenderá, no nos es posible citar todo lo que quisiéramos; tan solo trataremos de demostrar con algunos ejemplos, que Larrañaga tradujo fielmente la Bucólica, las Geórgicas y la Eneida.

En la encantadora égloga cuarta el poeta comienza á elevarse; ya no es el idilio, es mas bien el prelude de la epopeya.

"Los siglos de oro de Saturno vuelven,
Al mundo vuelve la justicia santa,
Y una progenie en fin nueva y dichosa
Baja del alto cielo á nuestra patria."

Al finalizar la égloga puede verse aquel pasaje sublime que Larrañaga ha traducido como nadie:

"Mira la tierra, el mar, el aire, el mundo
Que bambalea con la pesada carga,

Y que todas las cosas se deleitan
De ese futuro siglo á la esperanza."

En la égloga quinta pueden citarse los siguientes melodiosos versos:

"Tan agradables, oh divino poeta,
A mí tus dulces versos me parecen,
Como el sueño sabroso y apacible
A los cansados en la grama verde;
Como saciar la sed en el estío
Con la agua dulce que manó la fuente."

Virgilio se queja en la égloga novena de las persecuciones del centurion Arrio, que no podia contentarse con que las posesiones del poeta le hubiesen sido devueltas. El pobre cantor se acoje á la proteccion de los poderosos, porque comprende que de otra manera de nada le servirian sus justas quejas:

"Mas nuestros versos y canciones tanto
Entre marciales armas han podido,
Como pueden con águilas voraces
Las palomas silvestres del Epiro."

VII.

Trabajo nos cuesta escoger en las Geórgicas las pruebas que hemos de aducir para demostrar que la traduccion es buena.

El original es admirable, con justicia lo reputa el célebre latinista Pierron como una obra perfecta.

Hé aquí una velada:

"Alguno junto al fuego prolongado
En las noches de invierno atento vela,

Y con el fierro agudo desmenuza
El leño en rajadas porque presto prenda:
Entre tanto la ESPOSA con su canto
El gran trabajo de el GAÑAN consuela;
Y con sonoro peine, diligente
Recorre y limpia sus delgadas telas;
O á cocer pone al fuego los arropes
De dulce mosto de que se sustentan,
Y con las ramas quita cuidadosa
Del caldero la espuma que se altera."

Entre los pronósticos del mismo libro primero, escojemos los siguientes versos que honran á un poeta traductor:

"Y si los cuervos tres ó cuatro veces
Con su ronca garganta dan serenías
Y claras voces; y si de continuo
Van á sus nidos donde se recrean:
Y no sé con qué especie de dulzura
Que no conviene á su naturaleza,
Alegres en las hojas hacen ruido;
Y acabadas las lluvias les deleita
Sus dulces nidos revisar atentos
Y su pequeña amada descendencia."

Hay en el libro segundo una descripcion bellísima, uno de esos pequeños cuadros en que no se ve mas que un árbol, un rincón de cielo y una lengüeta de tierra; pero el árbol se levanta nervioso y resistente, bajo la corteza se ve circular la poderosa sávia, las frondas derraman por do quiera el oxígeno, la sombra que se proyecta sobre el suelo es densa y aromática, el giron de la bóveda celeste es de un azul purísimo como el que retrata el mar Tirreno; un cuadro digno del pintor alsaciano Teophile Shüller:

"Pero ante todos la robusta encina,
Que cuanto con su cumbre hácia los cielos
Soberbia se levanta, tanto baja

Con sus raíces hácia los infiernos:
Y por el tanto ni las tempestades,
Ni las copiosas lluvias, ni los vientos
La arrancan; y así inmóvil permanece
Firme por muchos años en su centro:
La que durando por diversos siglos
Muchas edades de hombres va excediendo;
Y radicada de este modo extiende
Sus fuertes ramas y sus brazos viejos
Por todas partes; y una grande sombra
Ella sostiene, siempre puesta al medio."

Citaremos, por último, los versos con que canta el poeta
la muerte de Orfeo:

"Llevando entonces la corriente undosa
Del Ebro que del Ebro se origina,
Dando vueltas la mísera cabeza
De su blanca garganta dividida:
Eurídice clamaba muchas veces,
Helada ya la voz, la lengua fría:
¡Ah miserable Eurídice! clamaba
Al exhalar el alma fugitiva:
Y del río las riberas dilatadas
Eurídice en el eco repetían."

VIII.

De la "Eneida" citaremos tan solo dos pasajes; el primero
es el principio del libro segundo, y es uno de los más impor-
tantes de todo el poema, si se atiende á que allí comienza á
desarrollarse el interés:

"Callaron todos en aquel instante,
Y tenían los semblantes muy atentos:
Luego el gran padre Eneas de aqueste modo
A hablar comienza desde su alto lecho:
Mándasme ¡oh grande reina! que renueve
El dolor indecible de mi pecho;
Pues me mandas que diga de qué modo
Las troyanas riquezas destruyeron
Los griegos, y aquel reino lamentable:
Cuyas funestas cosas ví yo mesmo."

El otro pasaje es una hermosa descripción del libro no-
veno:

"Con esto los troyanos más cruelmente
Se echan sobre él, con gran clamor entonces,
Y en escuadrón se juntan en contorno
Como cuando una turba grande de hombres
Oprime á un bravo león con crueles armas:
El, aterrorizado, bravo, enorme,
Mirando con cruel ceño se va echando
Para atrás, pero la ira y valor noble
No le permiten que la espalda vuelva."

Creemos que las anteriores citas son bastantes para pro-
bar que Larrañaga ha sido un buen traductor. El mérito de
éste es tanto más grande, cuanto que se apartó del camino
que seguían los literatos de su época, como ya antes lo he-
mos dicho.

Verdadero placer nos causa el poder terminar este traba-
jo de la misma manera que concluimos, hace algún tiempo,
un artículo sobre la traducción de la Bucólica.

Entonces decíamos:

"Terminamos aquí el presente ensayo, en el que hemos
procurado decir nuestra opinión sobre la obra de Larrañaga,
sin querer imponerla á los demás; hemos comparado de-
tenidamente la traducción del poeta mexicano, con las de

fray Luis de Leon y Hernandez de Velasco, dejando que cada uno sea árbitro respecto de cuál sea la mejor; sin embargo, diremos que todo lo que gana la traduccion de fray Luis en correccion y elegancia, gana la de Larrañaga en exactitud; de la de Velasco debe decirse lo mismo que de la de su compatriota; en una palabra, puede vislumbrarse en la traduccion de Larrañaga la angélica figura de Virgilio, en la de fray Luis aparecerá tan solo el ilustre traductor.

“Dijimos tambien que Larrañaga tiene algunos defectos: el martilleo del romance endecasílabo fatiga demasiado, y hubiera hecho mucho mejor en cambiar de vez en cuando la combinacion métrica; hay algunas palabras no muy escogidas que revelan el mal gusto de la época; sin embargo, hay una exactitud tan extraordinaria en la version, conserva de tal modo las bellezas de Virgilio, que debemos estar orgullosos de ser compatriotas de Larrañaga.”

MANUEL DE OLAGUIBEL.